

VARIOS AUTORES, 1980.- *Lucha y defensa del río Arga*. Agrupación de pueblos defensores del río Arga, 190 pp., Puente la Reina.

El río Arga es uno de los afluentes pirenaicos del Ebro. En su recorrido, mayoritariamente navarro, sus aguas sirven para el abastecimiento de numerosos núcleos de población (entre ellos, Burlada, Pamplona, Falces y Peralta) e industrias. Pero también su cauce se emplea como receptorio de las aguas ya usadas, con un elevado índice de contaminación. El problema no sería especialmente grave —salvo por lo que respecta a la toxicidad manifiesta de algunos vertidos— si el Arga no sufriese los estiajes profundos que experimenta. La influencia oceánica que domina sobre la casi totalidad de su cuenca provoca la aparición de un régimen fluvial caracterizado por aguas altas de invierno, con descenso rápido de caudal a partir de primeros de mayo. Durante el verano los caudales se reducen a mínimos incapaces de autodepurarse en cuanto reciben los vertidos del cinturón de Pamplona. Durante meses, el Arga se convierte en una auténtica cloaca en la que es casi imposible toda muestra de vida superior.

El problema —más grave en unos ríos que en otros— entra de lleno en una filosofía desarrollista que considera a los ríos como canales de recogida de desechos urbanos e industriales, sin ninguna preocupación por otras formas de vida, un respeto al paisaje o la posibilidad de que tales ríos puedan ser reutilizados posteriormente. Tengamos en cuenta que aguas abajo de Puente la Reina existen importantes regadíos, antiguos y por lo tanto estables, enfrentados a un continuo peligro de degradación progresiva. Asimismo, las orillas del río pierden totalmente su categoría de espacio de ocio, aspecto éste casi siempre olvidado en la planificación integral del territorio. Todo ello no es más que un ejemplo de una determinada ideología sobre el espacio, concebido como un factor más de producción, que puede consumirse y deteriorarse si ello es lo que resulta rentable desde un punto de vista economista. Ese tipo de planificación deja a un lado el papel estratégico de todos los cursos de agua como fuentes de abastecimiento de un bien cada vez más escaso y necesario.

El libro que ahora comentamos surgió, pues, como una respuesta popular frente a un problema que se ha agravado con el

crecimiento demográfico de Pamplona y con la expansión de su cinturón industrial. La obra aparece dividida en cinco partes, comenzando con un prólogo de Mario Gaviria que sabe a muy poco y del que, sinceramente, se esperaba mucho más.

A continuación se expone, transcrita literalmente, la mesa redonda que se celebró en Puente la Reina sobre este asunto. En ella se insiste en el tema de los regadíos y en la degradación de la calidad de las aguas, estacionalmente malolientes. Se señalan también algunas ideas muy interesantes acerca de la utilización abusiva de los abonos industriales en el medio rural, que pueden ser una fuente muy importante de contaminación a la vez que encarece la misma producción agraria. Sin embargo, conviene señalar que este tipo de iniciativas populares requiere la presencia —especialmente a la hora de su publicación— de un coordinador que elimine los posibles errores deslizados en una mesa redonda. Entre tales errores entresacamos:

- cifras evidentemente erróneas de las crecidas del río Aragón,
- la supuesta incapacidad del embalse de Yesa para frenar las crecidas del Aragón. El embalse tiene capacidad suficiente para esos menesteres; el problema es que se gestiona mal.
- la sobrevaloración de los recursos hídricos de Navarra frente a otras provincias. Conviene precisar que gran parte de las aguas del río Aragón son oscenses y que el Ebro a su paso por Zaragoza se ha alimentado también con aguas procedentes de Alava, Santander, Burgos y La Rioja.

Una corrección de muchos de estos errores hubieran elevado el nivel de la obra y la hubieran hecho paradójicamente más popular al ser pedagógica.

Como conclusión de la mesa redonda se estima la necesidad de construir una depuradora de las aguas residuales de Pamplona, si bien se apunta el interés de tomar otras medidas, como la adopción de sistemas anticontaminantes por parte de las mismas industrias.

En tercer y cuarto lugar se presentan los objetivos de la agrupación de pueblos defensores del Arga así como las actividades desarrolladas y un informe sobre la calidad de las aguas.

Finalmente se incluye un estudio sobre la vida fluvial en el que se pasa revista a la fauna que vive dentro y en las márgenes del río Arga. El capítulo va acompañado de excelentes fotografías con bellos comentarios al margen y resulta sumamente pedagógico. En nuestra opinión, es lo mejor de la obra, que debería extenderse

a otros ríos de la cuenca del Ebro a condición de que se cuide su contenido que, en este caso, ha quedado muy por debajo de sus posibilidades. De cualquier forma, es el inicio de una lucha —desgraciadamente desigual— para que la vida vuelva a los ríos con toda su plenitud. Por otra parte, creemos que es hora ya de olvidar maniqueismos simplistas: no todos los que protestan por la contaminación del río Arga —o de cualquier otro— están en el llamado bando de los buenos. Muchos de ellos son responsables directos del problema cuando adoptan el disfraz de cazadores, cuando arrojan sus desechos al campo o cuando limpian sus vehículos directamente en el río. El problema afecta a la totalidad de la sociedad —aunque evidentemente tiene sobre todo un origen urbano e industrial— y debe ir en busca de soluciones globales, entre los que se encuentra la educación y concienciación popular, aspectos casi olvidados a lo largo del libro.

J.M.<sup>a</sup> García Ruiz